

La circulación de los cátaros por el Camino de Santiago y sus implicaciones socioculturales.

Una fuente para su conocimiento

LA CIRCULACIÓN DE HEREJES POR LA VÍA JACOBEA

Como ya ha sido señalado¹, por las rutas jacobeanas no sólo circularon devotos y penitentes. Junto al verdadero peregrino, existía una amplia gama de viandantes que iban con distintas intenciones: traficantes, salteadores, giróvagos, falsos monjes y otras suertes de pillos y maleantes.

Dentro de tal variedad, hay que destacar a los herejes. En unos casos se trataba de conversos que cumplían penitencias impuestas por la Inquisición pontificia u otros organismos. Pero no pocas veces se trataba de herejes convencidos, que utilizaban las ventajas que les ofrecía la abigarrada circulación del Camino para mantener oculta su identidad y visitar a sus adeptos o realizar proselitismo.

Se trata de un fenómeno amplio y no desconocido. Los inquisidores medievales, que en sus *manuales* o *directorios* avisaban a quienes les sucedían en el cargo de la doctrina y los modos de proceder de los herejes, nos proporcionan al respecto un caudal de noticias muy interesantes. A comienzos del siglo XIV, el inquisidor tolosano Bernard de Gui se ocupa con cierto detalle de la manera de proceder de los cátaros en España, utilizando para ello la información de Lucas de Tuy². Modernamente, Y. Dossat ha ampliado nuestros conocimientos sobre ese fenómeno con la aportación documental de varios procesos inquisitoriales contra estos falsos peregrinos, que habían sido descu-

¹ L. VÁZQUEZ DE PARGA, J. M. LACARRA y M. URÍA: *Las peregrinaciones a Santiago*. Madrid, 1948, vol. I, pp. 121-123, 277, etc.

² BERNARD GUI: *Manuel de l'inquisiteur*. Ed. G. Mollat. París, 1926.

biertos por la Inquisición. Sin salir del siglo XIII, se citan casos en 1233, 1240, 1242, 1272 y 1273³.

Como se ve, las precauciones tomadas por los herejes para ocultarse no siempre consiguieron el efecto apetecido ante el celo inquisitorial. De cualquier forma, esto determinó una de las notas características de su actividad propagandística: la clandestinidad.

El movimiento religioso cátaro se divulgó por España ya desde el siglo XII. Especial difusión alcanzó en Cataluña, como puede comprobarse a través de la documentación del Archivo de la Corona de Aragón recogida en los trabajos de Ventura y Subirats⁴. También se difundió rápidamente por las restantes tierras españolas, sobre todo por Aragón y, siguiendo con toda probabilidad el Camino de Santiago, alcanzó la parte occidental de la Península: León y Galicia.

De estos focos, el leonés se nos presenta como de mayor importancia, acaso porque es el que mejor se conoce. La herejía debió prender en la capital leonesa hacia 1216, durante la época del obispo Rodrigo. Pero no alcanzó su pleno auge —según Lucas de Tuy— hasta después de la muerte del obispo (1232), durante la «sede vacante», que se prolongó varios años, lo que, según el parecer del autor citado, facilitó la divulgación de la nueva doctrina. El propio Lucas de Tuy, clérigo leonés que por aquel entonces seguía estudios eclesiásticos en Roma, abandonó la ciudad Eterna, alarmado por las noticias que llegaban de su propia ciudad, iniciando en ella una recia campaña contra los herejes.

UNA FUENTE PARA SU CONOCIMIENTO: LUCAS DE TUY

La información que, al referir estos y otros sucesos, proporciona Lucas de Tuy, se halla contenida en una obra no suficientemente estudiada ni divulgada, debido tal vez a que no existen ediciones fáciles de utilizar: *De altera vita fideique controversiis adversus albigenisium errores*. Durante la Edad Media debieron circular diversos manuscritos, pues el tolosano Bernard Gui la conoció, según ya se ha dicho. Fue llevada a la imprenta por el Padre Mariana, quien le dio el título con el que figuró en lo sucesivo⁵. Menéndez Pelayo la

³ Y. DOSSAT: «Des singuliers pelerins sur le chemin de Saint-Jacques en 1272», en *Annales du Midi*. LXXXII (1970), pp. 209-220.

⁴ J. VENTURA Y SUBIRATS: «El catarisme a Catalunya», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*. XXVIII (1959-1960), pp. 75 y ss.; «La valdesía de Catalunya», *ibidem*, XXIX (1961-1962), pp. 275-317; «Catarisme i valdesia als païses catalans», en *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. Comunicaciones, II, Barcelona, 1964, pp. 123-134.

⁵ En la Biblioteca Nacional de Madrid se halla en el ms. 4172. Existen las siguientes ediciones: Francfort, 1609, e Ingolstadt, 1612, que es la que aquí uti-

utilizó en su *Historia de los Heterodoxos españoles*, aportando datos complementarios para el conocimiento del fenómeno, tales como la existencia de condenas a la última pena aplicadas a algunos herejes bajo el reinado de Fernando III el Santo. Pero en general, Menéndez Pelayo se circunscribe a los aspectos religiosos, dejando, por tanto, al margen la información sociocultural que el obispo de Tuy proporciona. También Dossat, en el trabajo antes mencionado, utiliza la obra, aunque, al parecer, no directamente, sino a través de Bernard Gui. Los aspectos doctrinales de su contenido han sido analizados por Pérez Llamazares⁶.

La utilización de la obra de Lucas de Tuy como fuente para el conocimiento de los cátaros y de sus actividades a lo largo de la ruta jacobea, tropieza con un doble escollo: el descrédito que cierto sector historiográfico ha proyectado sobre las fuentes católicas, especialmente las apologéticas, y la personalidad del autor. Veamos brevemente cada una de ellas.

El tono apologético y la contemplación del movimiento cátaro desde la perspectiva de la doctrina católica, características ambas comunes a las obras católicas surgidas al calor de las disputas anti-maniqueas, llevaron a los sectores historiográficos menos contrarios a los cátaros, a no considerar a aquellas obras como fuentes históricas fidedignas. Sin embargo, alguno, como Carl Schmidt⁷, a pesar de su desconfianza, se vio precisado a aceptar tales testimonios, al menos en ciertos temas, ante la uniformidad con que se expresaban desde los puntos geográficos más apartados. Pero lo que más ha devuelto la confianza a esas fuentes ha sido el descubrimiento de una obra original cátara, el ritual en romance hallado en el Palacio de las Artes de Lyon⁸. Dado que anteriormente no se conocía de forma directa la doctrina de los cátaros, por haber sido destruidas sus obras por la Inquisición, ese hallazgo ha permitido comprobar hasta qué punto las obras católicas son fidedignas, salvando naturalmente las diferencias de perspectiva y de intención.

La personalidad historiográfica de Lucas de Tuy debe juzgarse mediante el examen de sus conocimientos del tema y el de la índole y estilo del autor. En cuanto a lo primero, parece claro que conocía bien las prácticas heréticas tanto de España como de otros lugares.

lizamos. Se incluyó también en la *Bibliotheca maxima veterum Patrum*. Lyon, 1624 y ss., t. XXV, pp. 188-251.

⁶ J. PÉREZ LLAMAZARES: «Los albigenses y la teología española en los albores del siglo XIII», en *Revista Eclesiástica*, 2 (1930), pp. 385-403.

⁷ C. SCHMIDT: *Histoire de la doctrine de la secte des cathares ou albigeois*. Paris-Geneve, 1848.

⁸ A. DONDAINE: «Nouvelles sources de l'histoire doctrinale du neo maniqueisme», en *Revue des sciences philosophiques et theologiques*, 28 (1939), pp. 465-488.

En Italia debió estar muy al tanto de lo que sucedía en la materia. Del sur de Francia y de otras regiones cita numerosos casos. Esta amplitud de conocimientos puede ser una ventaja y un inconveniente, ya que pudo inducirle a generalizar y, por otra parte, nos impide localizar con exactitud algunos hechos que él no sitúa expresamente. En cuanto a la índole y estilo del historiador, es sobradamente conocida su afición a lo maravilloso, su credulidad respecto a las fábulas, su tendencia a hacer transposiciones de lo real a lo fantástico y a inscribir todos los acontecimientos dentro de unas coordenadas teológico providencialistas. Así cuenta que a cierto hereje, de nombre Arnaldo, que había acudido a León desde el sur de Francia («de confinibus Galliae») y que, gracias a su gran habilidad en la escritura, se dedicaba a divulgar opúsculos de los Santos Padres convenientemente tergiversados, fue muerto milagrosamente, según el autor, por realizar ese trabajo el día en que la ciudad celebraba la gran fiesta de San Isidoro, a cuya colegiata pertenecía Lucas de Tuy... Con inconfundible resonancia bíblica y acento profético es descrita también la forma cómo él mismo destruyó la capilla que los herejes habían levantado en León y cómo fue librado por Dios de las iras de la población gracias a una oportuna lluvia que previamente había profetizado⁹.

No estamos, por tanto, ante una fuente que se pueda utilizar indiscriminadamente, sino que, por el contrario, es preciso usarla con ciertas cautelas. A pesar de lo cual la realidad que deja traslucir es lo suficientemente interesante y sugestiva como para que la exponamos.

LOS CÁTAROS, VISTOS POR LUCAS DE TUY

Hay una viva polémica, todavía abierta, acerca de la naturaleza del fenómeno cátaro. A su esclarecimiento han contribuido con dife-

⁹ Quidam etiam haereticus nomine Arnaldus de confinibus Galliae venit in Hispaniam, zizaniam erroris haeretici seminando... Erat scriptor velocissimus et corrupta sanctorum opuscula vendebat... Accidit quodam die cum traslationis beatissimis Patris Isidori celebrareteur festivitas erat ipse scribens et dicti confessoris synonyma pervertebat. Visum fuit ei quod aqua calida de tecto domus super caput eius deflueret. Cumque levasset manum dexteram ut caput tergeret, brachium eius fractum est, ac si valido ictu fuisset percussum, et lumen oculorum amisit... *De altera vita...*, III, 17, pp. 182-183. Querebatur a multis dictus diaconus ut interficeretur quia, cum promiserit pluviam, domus eorum incendio perierunt. Insultabant haeretici clericis et diaconum dignum morte damnabant, et quod non plueret etiam post multum temporis procaciter affirmabant. Dominus autem omnipotens, miseratus populo suo, octava die a fani destructione pluviarum abundantia terrae superficiem irrigavit, et qui iam erant sine spe frugum et fructum ipso anno percipiendi, eorundem copiam Dei misericordia perceperunt. *De altera vita*, III, c. IX, pp. 170-171.

rentes aportaciones una serie de importantes investigadores: Roche, Dondaine, Borst Selge, Thouzellier, Nelli, etc. No hace mucho se le dedicó un número monográfico de los «Cahiers de Fanjeaux», donde Dellaruelle, en una magnífica síntesis de la cuestión, se planteaba el problema de si el catarismo es un movimiento ideológico o popular, sin que se llegara a un acuerdo entre las diferentes posturas¹⁰. La cuestión puede tener importancia de cara al estudio de determinados aspectos, como el de la formación del movimiento, pero es secundaria en el caso que aquí nos ocupa, dado que, como es lógico —y Lucas de Tuy así lo refleja—, en su divulgación por España se presenta como una mezcla de principios ideológicos y de prácticas religiosas.

Algunos dogmas tuvieron inmediatas derivaciones económicas y sociales. Lucas de Tuy les atribuye la siguiente deducción, que podemos calificar de incendiaria, en una época como la de comienzos del siglo XIII, donde la plétora económica de la vida urbana tropezaba con las estrechas normas morales de la Iglesia sobre la riqueza. Según los herejes, toda la riqueza era obra del diablo. No importa, por tanto, que hubiera sido bien o mal ganada, que hubiese habido fraude, usura o latrocinio¹¹.

Pero, a juzgar por la descripción que se nos ofrece, el objetivo primordial contra el que apuntaban la predicación y los métodos de los herejes era la tradición católica. Bien es verdad que ésta es también lo que se propone defender el Tudense. Pero no parece que por ello debamos dudar de su veracidad, que se ve confirmada por la mayoría de los casos y anécdotas que refiere, a no ser que se esté predispuesto a considerarlas todas como puras patrañas.

La forma clandestina en la que han de realizar su labor propagandística obliga a los cátaros a adoptar ciertos procedimientos que, tal como los describe Lucas de Tuy, resultan de una astucia considerable. Unas veces se fingen sacerdotes o religiosos y en el secreto de la confesión, procuran inducir al penitente a su doctrina. Otras, se dirigen de dos en dos a ciudades donde son desconocidos. Uno de ellos se finge católico y maldice la herejía, procurando atraer al público. Entablada la discusión, se deja convencer por los argumentos de su compañero para así atraer a los incautos¹².

Por lo demás, era normal que se atacara la tradición si se quería sustituir por otra. Y la tradición católica hallaba su mayor expresión en las prácticas religiosas. Contra éstas va dirigido el ataque de los cátaros. Podemos distinguir en los relatos de Tudense dos clases de procedimientos para apartar a los fieles de sus prácticas piadosas. El primero consiste en sembrar la confusión y el ridículo sobre ellas mediante el recurso a consejas, falsos milagros y otras artimañas. Algunas de éstas, como la fábula de la candela ofrecida a la Virgen, llegó a León —dice nuestro autor— bajo el obispo Rodrigo, lo que

da a entender que las consejas se repetían a lo largo de la geografía europea. En otra ocasión esparcieron por los montes cédulas perfumadas con almizcle para que las hallasen los pastores y las llevasen a los clérigos. Decían entonces que habían sido escritas en el cielo y prometían indulgencias a quienes las copiasen. Con ellas trataban no sólo de crear confusión, sino también de apartar a los fieles de la confesión y ayunos¹³.

De especial interés son las noticias que proporciona Lucas de Tuy sobre la divulgación de imágenes deformes de la Virgen. El centro de estos sucesos lo sitúa en «Monculis», «in confinio Galliarum». Narra que los herejes tomaron una imagen de María deforme y con un solo ojo, alegando que Cristo se había humillado por el género humano hasta el punto de tomar por madre a una mujer físicamente deleznable. Para acrecentar su fama, se fingían enfermos, de modo que ante la imagen quedaban curados. Corrió la noticia por ciudades y fortalezas, que encargaron muchas imágenes similares hasta que los herejes, descubriendo el embuste, se burlaron de los que habían caído en la trampa¹⁴.

LOS CÁTAROS Y LA RENOVACIÓN ARTÍSTICA EN OCCIDENTE

El caso anterior nos pone en el camino del segundo procedimiento atribuido a los herejes, que es el que aquí más nos interesa. Se

¹⁰ E. DELARUELLE: «L'état actuel des études sur le catharisme», en *Cahiers de Fanjeaux*, 3 (Toulouse, 1968), pp. 19-41.

¹¹ Dicunt eis haeretici: Omnia quae in hoc mundo visibilia sunt a diabolo facta sunt. Unde non refert in lucro pecuniarum utrum bene acquirantur vel male, quia nec bona acquisitio illarum salvat nec mala dampnat... Haec dicentibus haeticis, vani homines tribuunt miserabiliter fidem, et se fraudibus, homicidiis, latrociniiis et usuris committunt. *De altera vita...*, III, 5, p. 163.

¹² *De altera vita...*, III, 4, p. 161.

¹³ *De altera vita...*, III, 7, pp. 165 y III, 182.

¹⁴ Cum Manichaeorum haeresis in Galliarum partibus nostris temporibus pullaret et erroris virus serperet per diversa, quidam haeticorum credentes erronei, diabolico stimulati consilio sanctissimae Dei Genetricis sumpserunt imaginem monoculam ac deformem hoc reddentes quasi pro ratione, in perditionem animarum eorum procaciter mentientes videlicet, quod Dominus noster Iesus Christus in tantum se humiliaverit, ut pro salute generis humani turpissimam faeminam praelegerit. Haec malitia caecati cogitauerunt, et errauerunt, ut facilius simplices possent decipere, et illorum mentes et studia a devotione gloriosissimae dominae nostre perpetuae Mariae virginis reuocare. Egerunt etiam ut se simulantibus aegritudinibus variis laborare coram praedicta imagine miraculorum operatione viderentur curari. Divulgabatur fama ac si vera essent miracula, per civitates et castella. Et multi etiam presbyterorum pietati seducti, imagines consimiles facientes in suis ecclesiis collocabant. Quod videntes haeretici, factum quod diu occultauerant denudantes, coeperunt deridere populorum turmas quae, devotionis gratia, ad praedictam imaginem confluebant. *De altera vita...*, II, 9, p. 94.

trata de la utilización contra la tradición de las novedades que entonces surgían en el mundo del arte, concretamente en la representación, de imágenes sagradas. Creemos que el testimonio del Tudense es importante y perfectamente válido para penetrar en la mentalidad de la época y acercarnos al fenómeno cultural que entonces se estaba produciendo: el tránsito del románico al gótico. El interés de este testimonio pensamos que crece si tenemos en cuenta que autores como Durán y Ainaud han tenido que reconstruir la fricción que en España debió producirse entre los dos estilos mediante el recurso a la extrapolación, analizando «procesos afines que nos son conocidos»¹⁵.

Digamos otra vez que la postura de Lucas de Tuy va a ser de defensa a ultranza de la tradición. En consecuencia, tratará de fijarla hasta en sus menores detalles y de descubrir cuantas novedades se intenten introducir por los herejes para confundir a los católicos. De ahí el título genérico del capítulo IX del libro segundo: *Vitandi sunt haeretici et eorum fraudes*. De ahí también que para conseguir esos propósitos, nos dé una serie de datos importantes sobre las diferentes actitudes adoptadas ante las novedades artísticas que corrían a comienzos del siglo XIII.

Lucas de Tuy acusa resueltamente a los cátaros de servirse de tales novedades pictóricas para engañar a los creyentes. Y cita a continuación la divulgación de representaciones de la Trinidad en las que el Padre adopta figura de anciano, el Hijo de joven y el Espíritu Santo de paloma o de hijo más joven¹⁶.

Les atribuye el Tudense, en segundo lugar, la difusión de imágenes deformes, tanto de la Virgen como de los santos. Ya hemos aludido al caso de la Virgen monocular. Tanto en unos como en otros, la finalidad perseguida no es otra que desorientar a los fieles¹⁷. El hecho de recurrir a representaciones deformes no puede ponerse en relación con ninguna corriente de austeridad, tan abundantes en aquella época y algunas —Pobres de Lyon, Pobres católicos— tan próxi-

¹⁵ En *Ars Hispaniae*. VIII. *Escultura Gótica*. Madrid, 1956, pp. 9-10. Véase el trabajo posterior de J. M. AZCÁRATE: *El protogótico hispánico*. Madrid, 1974.

¹⁶ Ita ut plerumque per picturarum falsarum etiam novitatem plurimos decipere moliantur. Depingunt enim imaginem Deificae Trinitatis: Patrem senem, Filium iuniorem, Spiritum Sanctum in columbae specie vel filio minorem: ut per hoc simplices tres Deos unius voluntatis credere compellatur: pravo intellectu seducti, ut propter hoc dicatur unus Deus cum sint tres, quia unius sunt concordiae voluntatis. Et tamen miseri et alios seducunt, ipsi seducti primo. *De altera vita...*, II, 9, p. 92.

¹⁷ Alius mediantibus picturis est haereticis modus decipiendi qui, ut a fidelibus agnitus cautius valeat evitari non duximus silentio occultandum. Depingunt plerumque deformes sanctorum imagines ut earum intuitu, devotio simplicis christiani populi vertatur in taedium. *De altera vita...*, II, 9, pp. 93-94.

mas al mundo cátaros. No se busca la austeridad, sino la deformación. Por esto mismo tampoco es posible situarlo en la línea de naturalismo, humanización y belleza por la que empezaba a discurrir la imaginería religiosa. Se trata de una postura revolucionaria, destinada a romper moldes religiosos, cuya divulgación —en todo caso— se vería algo facilitada por los movimientos de austeridad y de pobreza.

Donde la intención de los cátaros y las tendencias artísticas coinciden plenamente es en la representación de la Cruz y el Crucificado. Veamos cómo es tratado el asunto en nuestra fuente. Se dice que para quitar la fe en la Cruz y las tradiciones de los Padres o, al menos, para introducir la confusión, se han burlado los herejes de tan santa representación colocando un pie de Cristo sobre el otro y sujetando ambos con el mismo clavo, cambiando también la forma de la cruz, dejándole solamente tres brazos, esto es, la Cruz en forma de T¹⁸. Una vez obtenida la aceptación por los católicos de este tipo de representación, Lucas de Tuy pone en boca de los herejes el siguiente dilema: «Si vera sunt quae de cruce hactenus credidistis, nin est verum quod nunc adoratis. Et si verum est quod nunc creditis falsa sunt quae prius docebatis». Así intentaban confundirlos y minar la tradición. No es, pues, de extrañar que varios de los capítulos siguientes estén dedicados a indicar y probar cuál sea la tradición católica respecto a la cruz en sus más mínimos detalles.

LA DEFENSA DE LA TRADICIÓN

Antes de reproducir el pensamiento del Tudense, será conveniente hacer dos precisiones que ayudarán a valorar su pensamiento en relación con las representaciones artísticas: Lucas de Tuy se da cuenta de que la cuestión no es esencial al dogma católico y de que las novedades que se divulgan no son invento de los herejes, los cuales se limitan a utilizarlas contribuyendo, eso sí, a su difusión. Para demostrar ambas cosas, se ve precisado a testimoniar la existencia dentro de la Iglesia de una corriente favorable al nuevo estilo, que ve en él un medio de fomentar la devoción de los fieles, cansados ya de las representaciones románicas del crucifijo¹⁹.

¹⁸ In derisum etiam et opprobium Crucis Christi, imaginem crucifixi unum pedem super alium uno clavo figentes aut evacuare aut dubium ducere fidem sactissimae crucis et sactorum patrum tradiciones, novitatum diversitate super inducta contendunt... Fecerunt tunc temporis supradicti haeretici crucem cum tribus brachiis tantum, in qua erat imago uno pede super alio, tribus clavis eidem cruce affixa, quae brachio eminentiori carebat. *De altera vita...*, II, 9, pág. 94.

¹⁹ Sed dicit aliquis: ad hoc uno pede super alio uno clavo dominum dicimus crucifixum et consuetudines Ecclesiae volumus immutari ut maiori acerbitati

La defensa de la tradición que hace Lucas de Tuy adquiere así un valor nuevo, puesto que no se funda en exigencias del dogma, ni tampoco exclusivamente en la oposición dialéctica del autor a la herejía, sino en otras motivaciones sociológicas, pertenecientes al ámbito eclesial. De ahí que, tras afirmar que la cuestión no debe producir perplejidad en las conciencias²⁰, intente, con una serie de argumentos, fijar la verdad histórica de la representación de la cruz. Todo el capítulo décimo del libro II está dedicado a ello (*De forma Crucis Christi*), y el siguiente va dirigido contra los que piensan que Cristo fue crucificado solamente con tres clavos. Los argumentos del Tudense en pro de la Cruz de cuatro brazos y de cuatro clavos son de un valor muy relativo y de escaso interés para lo que nos ocupa. Hace un acopio de autoridades de los Santos Padres y escritores famosos en la historia eclesiástica, como Beda, Sedulio y San Isidoro. Junto a ellos otorga un lugar especial a los sermones de Inocencio III, cuyo manuscrito se conserva aún hoy en San Isidoro de León, a donde pudieron ser llevados por Lucas, que entonces pertenecía a dicha colegiata. A continuación alega la práctica de la Iglesia romana, que él conoció personalmente, ya que adoró la cruz de cuatro brazos de manos del papa Gregorio IX²¹.

No cabe duda de que en aquella época la cuestión de la verdadera imagen debía tener una importancia semejante —y acaso correlativa— a la cuestión de la «vera cruz». Por aquellos años (unos pocos antes), otro eclesiástico, ligado a la monarquía castellana, Diego García de Campos, escribía una obra titulada *Planeta*, en la que se mezclan consideraciones de ese tipo, y se esfuerza en demostrar que la cruz de tres brazos es la forma propia del Antiguo Testamento, y la de cuatro, la del Nuevo. De paso nos da noticia de la aparición de ciertas cruces traídas de «transmarinis partibus» que en el brazo superior llevaban una tablilla con el letrero mandado poner por Pilatos²².

passionis Christi populi devotio excitetur et novitate in consuetudinibus succedente, fastidium relevetur. *De altera vita...*, II, 11, p. 104.

²⁰ Huiusmodi quaestio non debet de ratione nostrum vel cuiuscumque anxiae pulsare animum... *De altera vita...*, II, 10, p. 95.

²¹ His manifeste patet Ecclesiam romanam quatuor brachiorum crucem ad honorem Christi nominis adorare... Hanc ergo Crucis formam Romae in manibus gloriosi patris Gregorii papae noni cum multis millibus hominum videre et adorare merui. *De altera vita...*, II, 10, p. 96.

²² Christus vincit, Christus regnat, Christus... Hoc autem est solummodo divine providentiae adscribendum quod quaelibet istarum trium clausularum incipit ab X litera (XPC) et terminatur in T: et ita incipit in signum crucis Novi Testamenti et terminatur in signum crucis Veteris Testamenti. Crux enim Domini non putatur habuisse supremum brachium ita longum sicut alia tria. Unde vel propter brevitatem vel propter formam illius brachii titulus in ea scribi non potuit, sed tabella fuit apposita in qua titulus fuit scriptus. Quod adhuc

No hay duda, pues, de que para amplios sectores eclesiásticos la verdadera forma de la cruz era la de cuatro brazos, la románica. Otro tanto ocurre con los clavos. Aquí, junto con los argumentos de autoridad, Lucas de Tuy recurre a sucesos recientes, como los estigmas de San Francisco de Asís, al testimonio de los orientales, griegos y armenios, y contesta a quienes alegan que entre las reliquias de la Pasión sólo se conserva en el mundo dos clavos²³.

Una vez sentada la historicidad de la representación tradicional del crucifijo, el autor arguye contra quienes piensan en la utilidad de renovar las formas usuales de la imaginería: la religión no necesita basarse en falsedades. Estas son condenadas por la Escritura. Y aunque el asunto no afecta a la sustancia de los sacramentos, forma parte de una tradición venerable, y el cambio frecuente de las tradiciones reporta una serie de males a la Iglesia²⁴.

Esta condena tajante de las novedades en las prácticas eclesiásticas constituye, por lo que al arte se refiere, una defensa a ultranza del estilo románico frente al gótico, en lo que atañe a las representaciones sagradas. En relación, concretamente, con la imagen del crucificado, hay en los dos autores españoles mencionados una toma de postura a favor del cristo románico frente al gótico, con un ardor —al menos en Lucas de Tuy— que permite suponer la existencia de una viva polémica en torno a la cuestión. La adhesión a las formas románicas es personificada por este último en el *Santo Volto* de Luca, prototipo del Cristo románico, de posible origen español, que alcanzó por entonces una gran veneración²⁵. Para él la fidelidad de esta representación respecto a lo que ocurrió en el Gólgota está garantizada por su creencia en que la imagen fue encargada por Nicodemo después de los acontecimientos²⁶.

hodie representant cruces quedam auree vel argenteae que de transmarinis partibus afferuntur habentes in supremo crucis brachio quoddam breve brachium transversale. D. GARCÍA DE CAMPOS: *Planeta* (Edic. de M. Alonso, S. I.). Madrid, 1943, p. 317.

²³ *De altera vita...*, II, 11, pp. 100-104.

²⁴ *Frequens mutatio ecclesiasticarum consuetudinum discordiam nutrit, simplices ad blasphemiam incitat, praelatos de negligentia vel inconstantia notabiles reddit et haereticis praestat materiam detrahendi. Mens inconstans et levis novitatibus semper gaudet, ut sicut legum lator a caeteris attollatur. De altera vita...*, II, 11, p. 106.

²⁵ M. GARCÍA PELAYO: *El reino de Dios, arquetipo político*. Madrid, 1959, páginas 48-49.

²⁶ *Possumus etiam ad consequentiam ducere antiquam consuetudinem servatam ab Ecclesia, quatuor brachiorum fuisse Crucem, et quatuor fixoria sacramentissima, quod ostenditur illa cruce et imagine quae Vultus de Luca dicitur: quaque testatur antiquitas a Nicodemo Christi discipulo ad similitudinem filii Dei pendentis in cruce facta. Haec pedibus rectis in Cruce positum repraesentat auctorem: et Crucem in eminentiori parte lignum transversum excedere*

CONCLUSIÓN

Hemos reflejado de la forma más fiel posible, el testimonio de Lucas de Tuy respecto a la filtración de cátaros en la ciudad de León, fenómeno que sabemos está vinculado a la circulación de peregrinos por el camino de Santiago, cosa que la propia fuente permite confirmar.

La exposición que hace el autor de la doctrina y métodos propagandísticos de los herejes nos han permitido asomarnos a algunos problemas sociales y culturales de la época, especialmente a estos últimos.

Es clara —y esta comprobación sería ya suficiente para compensarnos del esfuerzo realizado— la existencia en ciertos sectores —que la fuente nos permite mensurar— de una reacción contra la difusión de ciertas formas escultóricas, ligadas al nuevo estilo gótico, cuyas causas están resumidas en la última cita de Lucas de Tuy que hemos transcrito.

Por otro lado se presenta a los cátaros como partidarios incondicionales y eficaces colaboradores en la difusión de algunas de esas novedades. ¿Cuál es el papel que, en consecuencia, les corresponde en el tránsito del románico al gótico, estilo éste que en definitiva engloba todas esas novedades? Recordemos que ni el Tudense ni nadie ha pensado en atribuirles ni la iniciación del cambio ni la formulación de los principios ideológicos que lo sustentaron. Se trata de asignarles, eso sí, una colaboración, oportunista y circunstancial, en la divulgación de las nuevas fórmulas. Y ésta, me aventuro a creer que hay que reconocérsela. Lo contrario sería desconocer el funcionamiento de la psicología colectiva a nivel de mentalidades ante la difusión de las novedades artísticas y culturales. Pero, ¿hasta qué punto y en qué forma concreta pudo existir esa colaboración? Es esta una cuestión que la fuente analizada no permite contestar. Queda, por consiguiente, abierta para ulteriores investigaciones.

Bonifacio PALACIOS MARTÍN
(*Universidad de Extremadura*)

sursum ostendit. Hec omnia supra dicta diligenter consideret qui resistit: et cum pro se talium nihil habuerit, cedat manifestissimae veritati. Pedes enim Redemptoris non contorti sed recti fuerunt in cruce, ut in semitis mandatorum suorum nos recto gressu affectionis et operum doceat ambulare. Quatuor clavis peccata nostra in corpore suo cruci affixit, ut homines per quatuor mundi partes diffusos ad cultum perduceret sanctissimae Crucis, et in fide Catholica solidaret. *De altera vita...*, II, 11, p. 104.